

CARTA DE JUAN CALASANCIO

Ismael Yebra Sotillo.

23 de febrero de 2002.

CARTA DE JUAN CALASANCIO

Sevilla, 23 de Febrero de 2002.

Queridos amigos y compañeros escolapios:

Os pido disculpas en primer lugar por no haberlos llegado la segunda parte de mis Memorias para ser leídas en nuestra reunión anual, pero una serie de circunstancias me han hecho creer conveniente dejarlas para otro momento. Uno de los motivos ha sido el no cansaros con pensamientos infantiles, este año en el que se cumple el centenario del nacimiento de otro ilustre niño escolapio, Luis Cernuda, vecino mío de la Alfalfa por cierto, y en el que se nos avecina, Dios nos libre, una reiteración de hechos y lugares de la infancia cernudiana. La ocasión será utilizada por politiquillos y chichiribales, que hasta hace unos días no sabían ni que existiera un libro llamado Ocnos, el más bello que jamás se haya escrito sobre Sevilla, para opinar sobre lo que no saben, para pontificar sobre lo que desconocen. Sería un buen momento para acercarse a la obra de Cernuda y leer Ocnos, por ejemplo. Muchos de ellos ni siquiera lo leerán, aunque no por ello dejarán de opinar *ex cátedra* en los medios de comunicación. En todo caso, tampoco es nada nuevo ni se pierde nada; son mentes insensibles.

Me ha parecido oportuno, tocar otros temas, aprovechando que este año 2002, se cumplen treinta de nuestro abandono del colegio. Parece mentira, pero hace tres décadas que terminamos aquél novedoso y experimental COU, implantado de forma obligatoria en el curso académico 1971/72 por primera vez.

No ha llovido mucho desde entonces, recuerden aquello de la *pertinaz sequía*, pero sí han sucedido infinidad de cosas en nuestro país, en nuestro entorno y en nosotros mismos. Fue en el verano de 1972 cuando nos separamos momentáneamente, para acudir cada uno a la llamada de la vocación, palabra hoy en día fuera de moda, y a cumplir con la cita ineludible

con el destino. Pero la disgregación ha sido sólo física y momentánea. Si bien es cierto que lo que Dios ha unido, no lo debe separar el hombre, aunque sí es capaz de hacerlo la mujer, aquí estamos todos, fieles a la memoria, puntuales a la llamada de los mucines Paco Gómez Recolta y Manolo Díaz Salazar, porque en el fondo queremos asirnos, como buenos niños proustianos, a la busca del tiempo perdido de nuestra infancia, al encuentro con nosotros mismos, fieles a nuestros auténticos sentimientos.

El primer traspies nos lo llevamos en el propio curso de COU. Tuvimos que irnos a los salesianos lo que en cierto modo era abandonar la que desde hacía doce años había sido nuestra casa. El colegio todavía seguía en Ponce de León, aunque por poco tiempo. Decían que si los campos de deporte eran obsoletos -¡qué falta nos hacían a nosotros los campos de deporte si nos lo pasábamos en grande intentando colar una pelota de plástico de a peseta en los agujeros de la puerta del colegio!-; que si en el nuevo colegio habría campos de tenis -¡qué falta nos harían a nosotros los campos de tenis, si teníamos suficiente con el terraplén del rincón situado junto a la puerta de salida de la iglesia a la plaza Ponce de León, cuyo desnivel aprovechábamos para enviar la pelota hacia arriba e intentar que al bajar no cayera al suelo!-; que si en el nuevo centro habría una gran biblioteca y un mejor laboratorio -¡y para qué queríamos nosotros biblioteca y laboratorio, si los que había en el colegio de Santa Catalina nunca lo habíamos pisado, ni maldita la falta que nos hacía!-.

Porque en aquél tiempo nos interesaban más Joan Manuel Serrat que el mismísimo Quevedo, Let it be más que el Requiem de Mozart; los despejes de Campanal o los regates de Quino, más que las poesías de Garcilaso. Los encastes de Emiliano valían más que toda la épica medieval junta y cabeza privilegiada no era la de Descartes, ni la de Emmanuel Kant, ni la de Ortega y Gasset, sino la de Ansola. Los cabezazos de Ansola eran más celebrados que los aburridos razonamientos de Theillard de Chardin, por mucho que al padre Bernabé se le metiera en la cabeza.

Si el campo de fútbol no era grande, pues se jugaba con nueve en vez de con once. Allí, en nuestro colegio de Ponce de León, hace varias décadas que se inventó el futbito. Y había gran libertad en las reglas del juego. No existía el fuera de juego, se permitía jugar a Manolo Soto con la trenca y a Ángel Rodríguez Marcos con su pierna eternamente escayolada. Si en vez de cuadrado el terreno de juego era un intrincado trapecio o más bien un vulgar trapezoide, pues se aprovechaba el rincón para intentar no dejar salir de allí la pelota y tomarse con humor lo que no merecía la pena ser tomado de otra

manera. Que no se iba al gimnasio, pues se saltaba jugando a *piola* o *al cielo voy*. Que no había posibilidad de buscar una actividad deportiva para cada uno durante la hora de gimnasia, pues D. Antonio, D. Manuel o D. Luciniano, tocaban el silbato y, señalando con el dedo a una y otra portería, gritaban: *Sevilla contra Betis*.

Así de resolutiva es la mente de un niño y así de fácil se hace todo cuando los medios escasean y el ingenio se encarga de sacar las cosas adelante. ¿No os hace gracia cuando leéis en los periódicos que tal o cual colegio está en huelga porque no funciona la calefacción o que un maestro ha sido demandado judicialmente por exigir el cumplimiento de un horario o reprimir actos vandálicos? En aquél tiempo, no había calefacción, ni aire acondicionado, ni vestuarios con ducha de agua caliente para después del deporte; a falta de calefacción eléctrica, funcionaba la calefacción manual: los palmetazos o los tirones de patillas le hacían a uno entrar en calor en unos segundos. Si a pesar de ello persistía el frío, se dejaba uno puesto la bufanda y el abrigo y asunto resuelto. Si hacía calor se abanicaba uno con el cuaderno y si había una gotera en la clase, pues se dejaba la banca libre, se ponía un cubo debajo para recoger el agua... y en paz.

La mente del niño es limpia, estoy seguro; los enrevesados son los padres. Creedme, compañeros escolapios, si os aseguro que disfruto cuando veo a los niños abandonar en la misma mañana de Reyes los costosísimos y aburridísimos juguetes automáticos que no dan opción a que ellos inventen, y se ponen a dar patadas a la caja de cartón en la que venían empaquetados o amarran la misma caja con las cuerdas que la ataban para arrastrarla como si fuese la carroza que transportaba a la mismísima Cenicienta. ¡Que se jodan los padres!... parecen decir. Presos de la ostentación, faltos de imaginación, limitados por la desidia, olvidan que la mente del niño es limpia y clarividente, sana y no enfermiza, práctica y no enrevesada, cruel y compasiva a la vez, sincera y ajena a las máscaras sociales.

Con la marcha de Santa Catalina al nuevo colegio de Montequinto, los curas pensarían que iban a mejorar en todo, y no me cabe duda de que lo hicieron, sobre todo en el aspecto económico; pero al mismo tiempo borraron la huella física de nuestra memoria. Peor lo pasarían aquellos a los que le cogió de lleno estudiando en el colegio el momento del traslado y tuvieron que irse a Montequinto. Acostumbrados a ir andando al colegio, a ver amanecer en invierno por las estrechas calles del centro y a ser espectadores privilegiados de cómo se perdía el sol cada tarde por detrás de la torre mocha de la iglesia

de Santa Catalina,... dejar todo eso para esperar cada mañana el autobús en la ronda de capuchinos, canasto en mano, cual obrero condenado a un trabajo duro en tiempos de crisis, estar dando vueltas por la ciudad durante una hora, recogiendo un niño aquí, dos allí, cuatro más allá,... hasta llegar, finalmente, a un descampado en el que se vislumbra una construcción moderna, tipo Vivienda de Protección Oficial, y en cuya entrada no parece pegar el letrero de Colegio Calasancio Hispalense.

Era como un adelanto de lo que se nos venía encima. Presos del desarrollismo de los sesenta y setenta, la gente comenzó a malvender sus casas del centro para irse a un piso de las afueras. Comenzaron a proliferar las primeras urbanizaciones del Aljarafe en las que para todo, hasta para comprar una simple barra de pan, era necesario coger el coche. Los centros comerciales fueron eliminando poco a poco las viejas tiendas de ultramarinos y coloniales, las denominadas grandes superficies haciendo inviables las lecherías, las fruterías, las ferreterías, las torterías, las droguerías,... La gente dejó de pasear cada tarde, antes de cenar; ya no se sentía el toque de las campanas de la parroquia llamando a misa o doblando por algún difunto, ni los hombres acudían puntualmente a la taberna de la esquina para beber aguardiente por las mañanas o mosto de Umbrete a mediodía, antes de almorzar, o por la noche al regresar a casa. Con ello se perdía la conversación, el trato humano, el desahogo de la jornada laboral, el compartir los afanes diarios. No se conocía la palabra estrés, ni los niños iban al psicólogo; cuando a un vecino del corral trompero le contaban acerca de la enfermedad que padecía el hijo de un médico de la calle Boteros, éste preguntó.

-¿Y qué coño es una depresión?

Los niños que se fueron a Montequinto sufrirían en sus carnes las heridas del traslado, al igual que nosotros sentimos los palmetazos de Don José, los guantazos del padre Rufino y del padre Torres, los tirones de orejas del padre Eloy o la mala leche del... del Portillo.

Sin duda que duele más el dolor psíquico. Lo nuestro fue un padecimiento físico; por eso todavía tenemos ganas de reunirnos cada año y nos reímos recordando, a pesar de todo, aquellos momentos en los que, si lo pasamos mal, ahora solo son capaces de hacernos reír. Pero no me neguéis, que sentimos un cosquilleo en la garganta cuando pasamos por Ponce de León y vemos en lo que se ha convertido el escenario de nuestra infancia, el decorado de nuestras

ilusiones, el álbum de nuestra memoria. Podríamos emular a Rodrigo Caro diciendo:

Estos, Fabio, ¡ay dolor!, que ves ahora
pisos de soledad, mustia Emasesa
fueron un tiempo los escolapios famosos.

Cada vez que paso por Santa Catalina me parece oír el griterío de los niños de primaria a la salida del colegio, los pitidos del silbato del padre Rufino ordenando las filas en el patio de cemento, el bote de los balones de baloncesto en el patio de la Virgen o las voces de D. Luciniano en el patio del cuartel, aleccionando a Fran Punta, Lolo Garrido o Rafa Moreno Serrallé sobre cómo hacer doble pantalla ante un mate del contrario, mientras Fernando Ávila, ¡ay!, chupaba banquillo. Mi olfato se inunda del olor del incienso de los triduos a San José de Calasanz, del aroma de las flores llevadas a Nuestra Señora de las Escuelas Pías del oratorio de arriba en el mes de mayo, del olor de los libros nuevos que acababa de recibir el padre César, del serrín mojado que esparcían las limpiadoras para barrer y limpiar el mármol blanco de las galerías del patio de la entrada.

Recuerdo el chapoteo del agua de la fuente del Sagrado Corazón, donde el padre Blas iba a dar de comer a los peces de colores, el toque de campana entre clase y clase, el sonido de los plumieres cerrándose para ser guardados en la maleta de cuero, el sonido limpio, seco y nítido de las bolas chocando una contra otra después de ser lanzadas habilidosamente desde el hoyo. Aún me parece escuchar las voces de los niños de primaria repitiendo monótonamente las tablas de multiplicar, o los de bachillerato cantando Montañas Nevadas bajo la batuta de Don Antonio Martín Flores, aquél fiel seguidor del pensamiento joseantoniano..

Sí. El traslado a Montequinto se llevó por delante una buena parte de nuestros recuerdos. Pero nosotros tuvimos que pasar por la circunstancia de marcharnos antes. Hace treinta años que estrenamos el ya desaparecido COU. ¡Cómo pasa la vida! Nuestra llegada a los salesianos supuso un cambio radical. No estábamos acostumbrados a llamar a los curas como Don Fulano o Don Mengano; para nosotros eran el padre tal o el padre cual. No habíamos pisado una biblioteca en la vida y ahora todo era a base de trabajos en grupo y horas de consulta en la biblioteca. Nunca habíamos experimentado la crueldad femenina encubierta bajo monjil hábito. Nunca habíamos tenido la posibilidad

de sentarnos en una sala llena de cómodos sillones entre clase y clase y poder allí hablar o fumar libremente.

Pero créanme, queridos amigos, que a Juan Calasancio lo que más trabajo le costó era habituarse a ser compañero de clase y compartir trabajos, seminarios y pupitres con las niñas del Valle, las Esclavas y las Calasancias. Estaréis de acuerdo conmigo en que a eso sí que no estábamos acostumbrados. Juan Calasancio se ponía nervioso cuando andaban cerca ciertos especímenes aventajados del alumnado femenino y trataba de defenderse refugiándose en la amistad y en el apoyo mutuo de los hermanos Ruiz Robles, Pedro Antonio Torralba, Diego Noguerras o Ramón Salado. Después de tantos años de reprimendas y de estar sometidos a la vigilancia de los curas, que se encargaban de avisar sobre los maleficios en que podrían caer aquellos que osasen merodear por las inmediaciones del vecino y femenino Instituto Velázquez, Juan Calasancio reconoce públicamente que no estaba preparado para ello. Tras la serpiente y la manzana se escondía un mundo desconocido e inaccesible, atrayente y enigmático, deseado y a la vez temido.

Pero a quien Dios se la dé que San Pedro se la bendiga. Y a caballo regalado no hay que mirarle el diente porque, aquí el que no corre vuela. Algunos avispados cogieron la onda inmediatamente. No fue desde luego Juan Calasancio uno de ellos. Nunca se distinguió por su precocidad en ninguna de las materias. El curso fue duro. Decía Don Quijote a Sancho, que no se llevan bien el peso de las armas con el desgobierno de las tripas. De igual manera no pueden realizarse bien las labores intelectuales si la cabeza está puesta en otro sitio, pendiente de ciertas observaciones y descuidos. Y si de aquellos polvos surgieron estos lodos, en aquél tiempo llegaban los lodos solamente. No eran tiempos de otra cosa y a ello tenemos que darle gracias de lo que se nos ha desarrollado la imaginación y del sentido del estoicismo y la conformidad que nos ha quedado para siempre. Estoy convencido de que, a largo plazo, ello nos ha venido bien para otras muchas cosas, aunque en su momento no era fácil de entender.

El tiempo pasa y todo lo pule. Decía San Ignacio, que en tiempos de crisis era mejor no mudar de casa o dicho de otra forma, que lo mejor es darle tiempo al tiempo. El tiempo no borra nada, solamente ayuda a poner las cosas en su sitio. Juan Calasancio os ha visto bien... en general. Algunos con kilos de más, otros con pelo de menos, alguno sin pelo alguno; otros con un aire más intelectual, pero a la mayoría... como siempre. Por muchos años que pasen, las cicatrices del tiempo no ocultan las bondades de la cara de un niño.

Ese Juan Calasancio que todos llevamos dentro, aflora al más mínimo esfuerzo, a la más mínima oportunidad. Y desde hace años nos persigue como un fantasma una vez que llega el mes de febrero. Se ve que los organizadores han aprendido la lección. Hace unos años se convocó la reunión para un catorce de febrero, día de San Valentín. A alguno le han debido de calentar el ható, cuando esta vez se convoca en otra fecha señalada: el 23-F. Sin duda, a la mujer se le teme más que al mismísimo Tejero.

De algo debe habernos servido tanta misa, tantos triduos y quinaros, tantos ejercicios espirituales, y los padrenuestrós a San José de Calasanz y a San Pompilio. Entre tanto canto eclesiástico, aún acuden a la memoria aquellas letras a la Virgen diciéndole “eres más bella que el sol, más hermosa que las perlas que ocultan los mares” o el “gloria y honor, gloria y amor a Calasanz”.

A veces, los martes, tras la misa, venía la hora de gimnasia; y así, tras los cánticos a la Virgen seguían los himnos del Movimiento. Por los alrededores de Santa Catalina se entremezclan aún las notas de “el Señor hizo en mí maravillas”, “perdona a tu pueblo Señor”, con “montañas nevadas”. D. Antonio, incluso nos enseñó el “Cara al sol”. Religión y política. Los dos pilares de la existencia humana. Como habréis comprendido más tarde, queridos amigos escolapios, la vida sigue igual, por Julio Iglesias. Nada nuevo bajo el sol. Después de tanto estudiar latín, literatura, historia, matemáticas, física, química, sin que se diera importancia a la religión, la política y la gimnasia, ahora resulta que las que realmente parten el bacalao son la religión y la política. Y deporte, tenemos hasta en la sopa; se ha convertido en la auténtica cultura del pueblo. Seguimos a cuestas con la religión y la política. Sólo se ha perdido una *medio maría*: el francés; el resto sigue igual. Y es curioso, por no decir deprimente, que dos de las tres marías, sigan boyantes y sean las que siguen manejando la tan pomposamente denominada vida democrática.

Pero nuestro destino quedó marcado. También desapareció el francés. Ramón Salado, ¿sabiduría del hombre de campo?, se adelantó a los tiempos y era el único que daba inglés. Anglófilo de pro, Ramón parecía intuir el futuro del mercado agrícola español y sabía que llegarían las manzanas golden, las naranjas *guachintonas*, los kiwis de Nueva Zelanda o el vino de California.

Por el contrario, nosotros, los del francés, seguimos el espíritu de la *chanson* y los postulados de Montparnasse. Partiendo de los cuentos de Sant-Exupery y los poemas de Baudelaire y Mallarmé, educados plásticamente en

las pinturas de Edouarde Manet, Paul Cezanne o Degas, pasamos directamente a las canciones de Gilbert Beaud, la belleza de Jeanne Moreau y las películas de Françoise Truffaut.

Con esta base, en aquellos ingenuos setenta, se escuchaba con veneración a Paco Ibáñez, se tildaba de separatista a Serrat, se iniciaba en la música María del Mar Bonet y los *progres* leían Triunfo, Cambio 16 y Cuadernos para el diálogo. Todo ello muy impregnado por el espíritu de la primavera de Praga o el mayo francés.

Creedme, amigos escolapios, que aquello era lo lógico. Lo nuestro fue de lo más normal; era la evolución lógica de la pedagogía seguida. A los dieciséis años queríamos cambiar el mundo. Ahora, ya, treinta años pasados, nos hemos dado cuenta de que al mundo no hay quien lo cambie. Cómo evoluciona la especie humana, que de ello se han enterado ya los que tienen ahora dieciséis años, que lo que quieren es divertirse y que todo siga igual. Alejados del viejo lema de la inteligencia al poder, siguen los postulados del malthusianismo y escuchan música ratonera.

¿Quién lleva razón? Al cabo de tantísimos siglos de historia, de tantos filósofos influyentes, de tantas mentes privilegiadas y tanto Premio Nobel, el ser humano aún no ha resuelto este dilema. Y la educación recibida pesa como una losa. Algunos, como me confesaba Alfonso García Borja años atrás, siguen anclados en las ideas del 68. A los niños de ahora le hablas del 68 y, lejos de venirles a la cabeza Praga o París, su imaginación vuela inmediatamente hacia el Kama-Sutra.

Con toda sinceridad os digo, queridos compañeros escolapios, que si unos se quedaron anclados en el espíritu del 68, quien esto escribe, Juan Calasancio, no ha evolucionado cinematográficamente hablando, desde que vio Muerte en Venecia. De ello tuvo la culpa el padre Espejo y su maldito cine-forum. Nos enseñó a ver el cine como lo que debe ser: el séptimo arte. Y este lastre nos pesará para siempre. Basta dar un repaso a la cartelera actual para comprobar en qué se ha convertido la cosa. Lejos del arte, lo más acertado es llamarle exclusivamente industria del celuloide. Hablar en estos tiempos de arte y ensayo, compromiso o realismo social, parece un desfase y una terminología obsoleta. Ahora impera el arte de masas, el músculo, el neoinfantilismo y los efectos especiales, que más bien deberían ser llamados efectos imbéciles; todo ello aderezado con el cretinismo más extendido y el alborozo de las mentes lights.

De todo ello no podemos más que sentirnos satisfechos. Si ahora escasea el jamón, nosotros al menos podemos contar que lo hemos probado. Tal vez los que ahora terminan sus estudios previos a la entrada a la universidad no tengan la satisfacción de volver a poderse reunir al cabo de treinta años con sus compañeros de curso, por falta de sensibilidad para ello. Y tal vez los que se eduquen en esta *nouvelle* enseñanza no alcancen los niveles de imaginación de que nosotros gozamos. Valga como ejemplo la reunión del año pasado, en la que Antonio Aguilera, nos deleitó con sus chistes, llamándonos sobre todo la atención la amplitud de temas que tocó. Los chistes fueron de temas variados: que si la forma de pasar la página en las matrimoniales noches de lectura, que si la forma de pescar con lombrices anales femeninas,... hasta un sinfín de habilidades retóricas adornadas de las más exquisitas posibilidades lingüísticas, y todo ello para mayor gloria de nuestro invitado presente, D. Antonio Hurtado, antiguo director espiritual nuestro, quien quedó francamente complacido del rotundo éxito conseguido en pos de sus objetivos pedagógicos.

No quiero cansaros más, queridos compañeros. Llegados ya a este tramo del camino, renunciemos a Satanás y a todas sus obras. Pedimos a Nuestra Señora de las Escuelas Pías, al Sagrado Corazón de Jesús, a San José de Calasanz y a San Pompilio, que nos concedan salud. A los santos les pide Juan Calasancio salud para sus compañeros y para sus allegados. Y no está de más pedir a quien corresponda, pesetas y algo de fuerza en semejante sitio. Queda así la triada perfecta: salud, pesetas y fuerza en la bragueta. Y el que no se alegre... que se rasque.

Así, que finalizaremos como lo hacía D. Antonio Arjona cuando acababa el tiempo del examen: ¡Manos arriba! O como hacía D. Antonio Martín Flores tras las tablas de Gimnasia:

- ¡Sevilla contra Betis!

Con un fuerte abrazo de vuestro compañero y amigo...

Juan Calasancio.